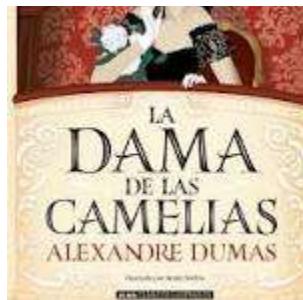


La dama de las camelias, de Alejandro Dumas hijo

Sobre el autor

Alejandro Dumas (hijo) nació en París en 1824 y murió en 1895, dramaturgo y novelista con géneros literarios como la novela histórica y la novela romántica. En 1847 publicó “Pecados de juventud”, un libro de poemas, y un año después publicó el libro “La Dama De Las Camelias”, su más grande éxito en su carrera como escritor al reflejar los problemas sociales de la época.



Resumen por capítulos

Capítulo 1

El 12 del mes de marzo de 1847 leí en la calle Laffitte, un gran cartel amarillo sobre la venta de muebles y varios objetos. La razón de la venta era la defunción de su dueña. La venta se realizaría en la calle Antin, número 9, el día 16 al mediodía. El anuncio también decía que podían examinarse el aposento y los muebles los días 14 y 15. Así que el 14 fui de curioso y descubrí la identidad de la fallecida hablando con un celador, el fino aposento era perteneciente a Margarita Gautier.

Capítulo 2

La venta era para el 16.

Durante 25 días del mes eran las camelias blancas, y durante cinco eran rojas, no se ha sabido nunca la razón de esta variedad de colores. Nunca se ha visto a Margarita con otras flores, así pues, su florista la señora Barsell había acabado por apodarla la dama de las camelias.

Desde hacía cosa de tres años, a partir de un viaje a Bagnéres se decía que no vivía ella más que con un viejo duque extranjero, enormemente rico, y que había intentado apartarla de su vida pasada, en lo posible, para lo cual, se había dejado llevar de bastante buena gana ella. En la primavera de 1842 estaba Margarita tan débil que los médicos le prescribieron unas aguas y partió para Bagnéres.

Allí, entre los enfermos, se hallaba la hija de aquel duque, la cual no solo tenía la misma enfermedad, sino también el mismo rostro de Margarita, pero la joven duquesa estaba en el tercer grado de la tisis y sucumbió pocos días después de llegar Margarita.

Al duque se le antojó que veía pasar la sombra de su hija en Margarita y ella aceptó ser cuidada por el duque. Muchos amigos del duque le advirtieron la verdadera condición de la señorita Gautier y esto fue un duro golpe para este anciano, pero ella se había convertido en una necesidad del corazón para él. Ella le prometió cambiar de vida y así poder recibir todas las comodidades de parte del duque.

Cuando llegó el verano, Margarita se encontraba mejor de salud y regresó a

París, en donde le fue inevitable volver a la vida que llevaba antes. Se aclara que las intenciones del duque con ella siempre fueron muy castas y algo más le habría parecido a él algo incestuoso e indebido.

Al enterarse el duque de que Margarita había regresado a su vida de antes, solo pudo estar separado de ella ocho días antes de buscarla otra vez.

Capítulo 3

El 16 fui a la calle de Antin, el piso estaba lleno de curiosos.

Durante la subasta oí vocear: “Un volumen perfectamente encuadrado, con cantos dorados y que se titula Manon Lescaut. Hay algo escrito en la primera página. Diez francos”.

Sentí curiosidad porque “había algo escrito”. Cuando la subasta llegó a cien francos, me fue adjudicado el libro.

En la primera página estaba escrito a mano y con letra elegante la dedicatoria “Manon a Margarita, Humildad”. Iba firmada por Armando Duval.

Capítulo 4

Terminada la venta, se produjo ciento cincuenta mil francos. Después de pagar el dinero a los acreedores, el resto le fue dado a una hermana de Margarita, quien vivía en el campo y no había visto a su hermana en seis o siete años.

Yo estaba a punto de olvidar todo el asunto, cuando un nuevo incidente tan interesante, me reveló detalles de la vida de Margarita que me dieron ganas de escribir esta historia y la escribo.

Armando Duval vino a visitarme, visiblemente afectado por la muerte de Margarita. Me dijo que quería comprar el libro que yo había adquirido en la

subasta pasada. Le dije que al ver su estado le regalaba el libro, y solo le pedía a cambio su amistad.

Dada nuestra nueva amistad, Armando me brindó un papel con aspecto de haberse releído muchas veces. Lo abrí y leí lo que decía:

“Querido Armando, he recibido tu carta por lo cual veo que sigues siendo bueno y doy gracias a Dios por eso. Si, amigo mío, estoy enferma y con una enfermedad grave. No te veré más porque estoy cerca de la muerte y centenares de leguas te separan de mí. Me preguntas si te perdonó, de todo corazón, amigo, pues el daño que has querido causar no era sino una prueba del amor que sentías por mí. Hace un mes estoy en cama escribiendo un diario desde el día que nos separamos y hasta el día que no tenga fuerza para escribir. Si es real el interés que sientes por mí, ve a casa de Julia Duprat. Ella te entregará este diario. Allí encontrarás la razón y la excusa de lo que ha pasado entre nosotros. Cuán bueno sería Dios si me permitiera verte antes de morir. Adiós, amigo mío. Margarita Gautier.”

Capítulo 5

Transcurrió una larga temporada sin ver a Armando, así que me transporté a la calle de Antin. Tal vez el portero de Margarita supiera en donde residía Armando, pero era un portero nuevo y él lo ignoraba. Así que me informé del cementerio en el que se había enterrado a la señorita Gautier, era el cementerio de Montmartre.

Allí encontré la caseta del conserje, y le pregunté si el 22 del mes de febrero se había enterrado a una mujer llamada Margarita Gautier. Después de buscar en un grueso registro, el hombre confirmó la información y le pedí que me condujera hasta ahí. El sepulcro de Margarita llamaba mucho la atención por

estar decorado totalmente de camelias blancas. El hombre me confesó que de todos los amantes de Margarita ninguno venía a traerle flores excepto un joven llamado Armando Duval, quien la lloraba por horas. ¿Tiene usted la dirección de Armando? Después de dármela, me confesó que Armando estaba buscando cambiar la ubicación de la tumba de Margarita, trámite que solo puede realizar la familia por lo cual no había regresado aún a París. Me dirigí hacia la residencia de Armando esperando encontrarlo. Desafortunadamente Armando se encontraba de viaje y no pude hallarlo, pero le dejé una carta pidiéndole que me escribiera a su regreso.

Capítulo 6

Al día siguiente recibí una carta de Duval en donde me pedía verlo. Armando tenía fiebre, se podía ver en un semblante decaído. Me contó que la hermana de Margarita le otorgó el permiso para cambiar la tumba y en dos horas partiría para allá. Le sugerí que mejor descansara ya que había sido largo su viaje, pero afirmó que esta gestión era lo único capaz de curarle.

Junto con el comisario de la policía, el conserje del cementerio y dos hombres, se abrió el ataúd de Margarita para que Armando confirmara que era ella. El rostro de Margarita era terrible de ver y horrible de recordar. Después de abierto, Armando se llevó impresionado su pañuelo a la boca, cayó de rodillas y se sumió en una tristeza infinita. Armando le afirmó al comisario que sí era el cuerpo de Margarita, tras lo cual se cerró el ataúd y lo dispusieron para transportarlo.

Capítulo 7

15 días después estaba Armando convaleciente y nos había ligado una estrecha amistad.

Nos sentamos a charlar al lado de una vidriera. “Un día como este conocí a Margarita. Ya que no tenemos nada mejor que hacer, amigo mío, le relataré la historia”.

Fui con mi amigo Ernesto a la Opera Cómica. Ahí estaba Margarita, quien saludó desde su palco a mi amigo. Entonces le pedí a este que me la presentara. Cuando entré en su palco, ella reía a carcajadas. Luego de verme entrar le susurró algo en el oído a su compañera y ambas se pusieron a reír. Ante esta embarazosa situación ya no quise hablar. “Perdone al señor Duval, le ha trastornado usted a tal extremo que se ha quedado sin habla,” “Más bien creo que le ha acompañado aquí el señor porque yo le aburro de sobremanera.” “Si eso fuera así no habría pedido a Ernesto que me presentara.” “Acaso no sea esta la forma de retrasar el momento fatal a que está expuesto usted.” “Si eso es lo que piensa de mí, señorita, no me queda más que pedirle perdón por mi indiscreción y despedirme.” No había terminado de cerrar la puerta cuando escuché otra sonora carcajada. Durante la obra no dejaba de pensar en Margarita y cuando decidí ir a buscarla a su palco, ella salía acompañada de su amiga y dos caballeros. Y los seguí toda la noche hasta que la vi volver a casa sola.

Capítulo 8

Mi deseo de encontrarme con ella de nuevo era grande. En la siguiente obra que visité me encontraba con mi amigo Gastón. Además, me ocupaba solo de mirar el palco de Margarita. Ella le hacía señales a otra mujer que se encontraba en el palco frente a ella. Como yo ya había tenido trato con la amiga de Margarita, aproveché cuando esta me volteó a ver para saludar de lejos y así me invitó a su palco. Se llamaba Prudencia Duvernay, una antigua mujer entretenida de cuarenta años.

Luego de que esta empezara a hacer señas hacia Margarita, aproveché y le dije: “¿A quién hace señas usted?” “Pues a Margarita Gautier, ¿no la conoce usted?” “No, pero me encantaría conocerla”. “Eso es algo complicado porque ella es la protegida de un duque muy celoso”. Y así me narró Prudencia la historia de cómo se conocieron los dos en Bagnères.

Después de que el Duque apareció en el teatro para recoger a Margarita, me ofrecí para acompañar a Prudencia hasta su casa y le pregunte a Gastón si nos acompañaba también, este acepto.

En la casa de Prudencia, esta nos invitó a un recorrido por su tienda de sombreros, a la cual acepté entrar porque me sentía cada vez más cerca de Margarita. Después de un tiempo, se escuchó la voz de Margarita desde la Ventana: “Necesito que venga enseguida el conde de N.... Está aquí y me está aburriendo mortalmente”, gritó ella. “Hay unos jóvenes conmigo que desean verla”, contestó Prudencia desde su Ventana. “Tráigalos sin problema, cualquier cosa antes que el conde venga”, respondió Margarita.

Al entrar en el piso de Margarita había un hombre junto a la chimenea y ella estaba tocando el piano, pero se detuvo cuando nos vio y nos saludó.

Capítulo 9

Gastón me presentó con Margarita. En ese momento le confesé que ya habíamos sido presentados en la Opera Cómica, pero ella pareció no acordarse de mí. Me sentí feliz de que ella no pudiera recordar ese momento ridículo.

Nos acompañaba el conde de N... con quien Margarita estaba siendo más que grosera. Yo me sentía mal por el pobre joven porque también parecía enamorado. El conde de N.... decidió marcharse en medio de la total indiferencia de Margarita.

Entonces decidimos cenar y le pedimos a Nanina, la doncella de Margarita, que nos preparara la cena. Durante esta reímos, bebimos y comimos mucho. A cada copa de champán sus mejillas se teñían de un rojo febril, y una tos, ligera al comienzo de la cena, se había ido haciendo a la larga lo suficientemente fuerte para obligarla a echar la cabeza sobre el respaldo de la silla y a apretarse el pecho con las manos cada vez que tosía. Ella, abrumada por la tos con sangre, se refugió en el cuarto de aseo.

Capítulo 10

Yo no pude evitar seguir a Margarita hasta el cuarto de aseo para saber si se encontraba mejor. Margarita, muy pálida y con la boca entreabierta, intentaba recobrar el aliento. Por momentos su pecho se hinchaba en un hondo suspiro que, una vez exhalado, parecía aliviarla un poco, y le producía durante unos pocos segundos un sentimiento de bienestar.

Esta escena me causó tanto dolor que no pude moverme, ella lo notó y me tomó de las manos. Yo le prometí cuidarla y quedarme todos los días a su lado. Le confesé que la amaba y ella pareció interesarse en mi amor. “¿Qué pasará con el viejo duque celoso que me cuida?”, preguntó Margarita. “Nunca se enterará de lo nuestro”. Le respondí abrazándola: “Si me promete no hacer más que mi voluntad sin decir una palabra, sin hacerme una observación, sin preguntarme nada, tal vez pueda llegar a amarlo”. Yo se lo juré y ella, liberándose de mis brazos, tomó una camelia de color rojo y la puso en mi ojal. Finalmente me pidió que volviera a verla al día siguiente a las once de la noche.

Capítulo 11

Pasé todo el día feliz, imaginando nuestro siguiente encuentro. Me acicalé por tres horas. Cuando llegué a la casa de Margarita, faltaba media hora todavía

para nuestra cita, así que esperé pacientemente frente a su puerta. Finalmente la vi llegar, parecía de mal humor, entramos en su piso y ella preguntó a Nanina si ya había venido a verla la señora Prudencia. Como la respuesta fue negativa, Margarita pareció enojarse más todavía. Yo me apresuré a decirle que prefería irme y dejarla descansar, pero ella se negó y me dijo: “Tome un libro mientras voy a estar en el cuarto de aseo.” Perdido en mis pensamientos vi que se abrió la puerta, era la señora Prudencia.

Prudencia me confesó que Margarita había estado preguntando por mí. Me ha preguntado quién era, qué hacía, qué amantes había tenido; en fin, todo lo que puede preguntarse sobre un hombre de su edad. Le he dicho todo lo que sé, añadiendo que es usted un muchacho encantador, y eso es todo. Es una confesión que me puso feliz y alentó mi amor.

Cuando Margarita salió del cuarto de aseo, se alegró de ver a Prudencia y le preguntó si había ido a ver al Duque. “El duque me ha dado seis mil francos”, respondió Prudencia dándole los billetes. “¿Necesita dinero, mi querida prudencia?” “Si pudiera adelantarme quinientos”. “Ahorita no tengo cambio, pídamelos mañana”. Convenido esto, Prudencia se retiró. Al estar Margarita y yo solos, cenamos y ella le ordenó a Nanina que no dejara pasar a nadie antes del mediodía.

Capítulo 12

A las cinco de la mañana, cuando el día empezaba a despuntar a través de las cortinas, Margarita me dijo: “Perdona que te eche, pero es preciso. El duque viene todas las mañanas; van a decirle que estoy durmiendo. Coge esa llavecita dorada que hay en la chimenea, ve a abrir esa puerta, vuelve a traer la llave aquí y vete. Durante el día recibirás una carta y mis instrucciones, pues ya sabes que

tienes que obedecerme ciegamente". Pasé el resto del día feliz y luego recibí la carta de Margarita.

"Aquí tiene mis instrucciones: Esta noche en el Vaudeville. Venga durante el tercer entreacto. M. G."

La espera fue insopportable. Cuando finalmente dieron las siete entré en el teatro y presté mucha atención al palco de Margarita, allí también vi a Prudencia, y un hombre, en quien reconocí al conde de G..., se sentó al fondo. Al verlo, un escalofrío me traspasó el corazón. Sin duda Margarita se dio cuenta de la impresión que me había producido la presencia de aquel hombre en su palco, pues me sonrió de nuevo y, dando la espalda al conde, pareció seguir la obra con mucha atención. En el tercer entreacto se volvió, dijo dos palabras, el conde abandonó el palco, y Margarita me hizo una señal para que fuera a verla.

Era evidente que estaba celoso del conde y ella me besó para decirme que todo estaba bien. Me disculpé por la escena de celos que causaba y volví a mi silla antes de que el conde me viera.

No por eso dejé de sentirme menos desdichado el resto de la velada, y al irme me encontraba muy triste después de haber visto a Prudencia, al conde y a Margarita subir a la calesa que los esperaba a la puerta. Sin embargo, un cuarto de hora después ya estaba yo en casa de Prudencia. Ella acababa de entrar.

Capítulo 13

Estaba en la casa de Prudencia esperando a que el conde de G.... dejara la casa de Margarita. Prudencia aprovechó el momento para darme un sabio consejo: "Es usted un muchacho encantador y lo estimo de todo corazón; pero llevo veinte años viviendo con entretenidas, sé lo que son y lo que valen, y no quisiera ver que se toma en serio el capricho que una chica bonita ha tenido por usted.

Créame, acepte las cosas en lo que valen y a las mujeres como son, y no conceda a una entretenida el derecho de llamarse su acreedora, de cualquier modo, que sea.”

Después de irse el conde, entré al piso de Margarita y la encontré pensativa, me dijo que tenía un proyecto en mente. Me confesó que sería feliz si pudiera pasar en el campo tres o cuatro meses a solas conmigo; también yo sería feliz en esa soledad compartida por los dos, y no sólo sería feliz, sino que lo necesito para mi salud. “No puedo irme de París tanto tiempo sin poner en orden mis asuntos, y los asuntos de una mujer como yo siempre están muy complicados.”

Estuve toda la noche en los brazos de Margarita.

A la mañana recibí una carta que contenía estas palabras:

«Querido mío: Estoy algo indisposta, y el médico me ordena reposo. Esta noche me acostaré pronto y no lo veré a usted. Pero, en recompensa, lo espero mañana a mediodía. Lo quiero.»

Mi primera palabra fue: «¡Me engaña!»

Para confirmar mis sospechas fui a las once de la noche a la calle de Antin, las luces estaban apagadas y el portero me dijo que no había nadie, no conforme con esa información seguí esperando afuera. Justo como esperaba luego llegó un cupé con el conde de G.... pensé que le dirían lo mismo que a mí, que no había nadie, pero lo dejaron entrar y a las cuatro de la mañana aún seguía esperando que saliera.

Capítulo 14

Al llegar a casa, me puse a llorar como un niño. No hay hombre que no haya sido engañado al menos una vez y que no sepa lo que se sufre.

Quería alejarme de Margarita, así que decidí que iría a visitar a mi hermana y a mi padre. Le escribí una carta de despedida que decía lo siguiente:

«Mi querida Margarita:

Espero que su indisposición de ayer no haya sido grave. A las once de la noche estuve a preguntar por usted y me dijeron que no había vuelto. El señor de G.... tuvo más suerte que yo, pues se presentó unos instantes después, y a las cuatro de la mañana aún seguía en su casa. Perdóneme las pocas horas aburridas que le he hecho pasar, y puede estar segura de que no olvidaré jamás los momentos felices que le debo. Desearía ir hoy a saber de usted, pero pienso volver a casa de mi padre. Adiós, mi querida Marguerite; no soy lo suficientemente rico para amarla como yo querría, ni lo suficientemente pobre para amarla como querría usted. Le devuelvo su llave, que nunca me ha servido y que podrá serle útil, si se pone a menudo tan enferma como se puso ayer”.

Ya ve usted, no tuve valor para terminar aquella carta sin añadir una impertinente ironía, que demostraba lo enamorado que aún estaba de ella.

Ella no respondió nada.

Arrepentido de la carta que había enviado, pues fue apresurada y maleducada, empecé a escribir una carta de perdón:

«Alguien que se arrepiente de una carta que escribió ayer, que se irá mañana si usted no lo perdona, desearía saber a qué hora podrá ir a depositar su

arrepentimiento a sus pies. ¿Cuándo podrá encontrarla sola? Ya sabe usted que las confesiones deben hacerse sin testigos.»

Margarita tampoco respondió a mi carta suplicando perdón.

Capítulo 15

Cuando ya tenía mis maletas empacadas, Margarita y Prudencia vinieron a visitarme.

Tan pronto vi a Margarita me arrodillé y le pedí perdón. Ella me confesó lo difícil que era tener la vida de una entretenida sin amigos de verdad, sin amantes duraderos. Margarita, quien había huido de su casa a los doce años, me pedía comprensión.

Mis palabras de respuesta fueron: “Olvidemos todo lo demás y no nos acordemos más que de una cosa: que estamos hechos el uno para el otro, que somos jóvenes y que nos queremos”. Una vez logré que me perdonara, le dije que ya no me iría.

Capítulo 16

Desde aquel momento, como no podía cambiar la vida de mi amante, cambié la mía. Así que mi vida, de ordinario tan tranquila, revistió de pronto una apariencia de ruido y de desorden. No vaya usted a creer que, por desinteresado que sea, el amor de una entretenida no te cuesta nada. Nada sale tan caro como los mil caprichos de flores, palcos, cenas y excursiones al campo, que nunca puede uno negar a su amante.

Mi padre me aseguró con una renta de ocho mil francos. Pensé que podría ser muy feliz en París, si junto a aquella renta me ponía a labrarme una posición en el foro o en la medicina. Vine, pues, a París, hice derecho, saqué el título de

abogado y, como muchos otros jóvenes, me metí el diploma en el bolsillo y me dejé llevar un poco por la vida indolente de París. Mis gastos eran muy modestos, pero luego de conocer a Margarita comencé a gastar más dinero y a tener deudas. Me dediqué al juego. Cuando no estaba en la calle de Antin estaba en los casinos apostando y podía ganar el dinero necesario para mantener el estilo de vida de Margarita.

Llegó la época en que solía volver con mi padre y con mi hermana, pero no me decidía a irme; de suerte que con frecuencia recibía cartas, en las cuales me rogaban que volviera a su lado. A todos sus ruegos respondía yo como mejor podía, repitiendo siempre que estaba bien y que no necesitaba dinero, dos cosas que creía que consolarían un poco a mi padre por el retraso de mi visita anual.

Un día Margarita quería ir al campo, nos alojamos en un hotel del pueblo Bougival y cuando salimos a dar un paseo, ambos vimos a lo lejos una casa preciosa en alquiler y nos planteamos la idea de vivir juntos ahí. Prudencia tuvo la idea de pedirle al duque que alquilara la casa para Margarita.

Capítulo 17

Al día siguiente Margarita muy feliz me dijo que todo estaba arreglado. El duque había aceptado alquilar la casa y yo me podría quedar en el Point-du-Jour.

Después de unos días el duque escuchó el rumor de que Margarita estaba viviendo conmigo, razón por la cual amenazaba con dejarla, y Prudencia trataba de hacerla entrar en razón. Lleno de curiosidad, no pude evitar escuchar la conversación: “Piense, hija mía, en la posición que pierde y que nunca podrá darle Armando. Él la quiere con toda el alma, pero no tiene

bastante fortuna para hacer frente a todas las necesidades. Un día no le quedará más remedio que abandonarlo cuando ya sea demasiado tarde y el duque no querá volver a saber de usted. “No, repuso, no dejaré a Armando, y no me ocultaré para vivir con él. Quizá sea una locura, ¡pero lo amo! ¿Qué quiere usted? Ahora que se ha acostumbrado a amarme sin obstáculos, sufriría demasiado si se viera obligado a abandonarme, aunque no fuera más que una hora al día. Por otra parte, no me queda tanto tiempo que vivir como para convertirme en una desgraciada”.

Entré bruscamente y corrí a arrojarme a los pies de Marguerite, bañando sus manos en las lágrimas que me hacía derramar la alegría de verme amado. “Mi vida es tuya, Margarita, no necesitas a ese hombre. ¿No estoy yo aquí? ¿Cómo podré pagarte la felicidad que me proporcionas? ¡Nos queremos! ¿Qué nos importa lo demás?”

Desde ese día no se habló más del duque.

Capítulo 18

Darle detalles acerca de nuestra nueva vida sería cosa difícil. Se componía de una serie de niñerías, encantadoras para nosotros, pero insignificantes para aquellos a quienes yo se las contara. Ya sabe usted lo que es amar a una mujer, ya sabe cómo se acortan los días y con qué amorosa pereza se deja uno llevar al día siguiente.

Un día Prudencia se llevó el cupé mientras no estábamos. Al notar que pasaban los días sin que regresara, le pregunté a Margarita por qué se lo había llevado. “Uno de los dos caballos está enfermo y hay que hacer uno arreglos en el coche. Más vale que lo hagan todo mientras estamos aquí, donde no necesitamos el

coche, que esperar a que volvamos a París". Aunque era una excusa creíble, tenía el presentimiento de que algo ocultaba Margarita.

Otro día Prudencia se quejó del frío y rogó a Margarita que le prestase un chal de cachemira.

Así pasó un mes, durante el cual Marguerite estuvo más alegre y más amorosa que nunca. Sin embargo, el coche no volvió, el chal de cachemira no fue devuelto, todo lo cual me intrigaba sin querer, y, como yo sabía en qué cajón guardaba Marguerite las cartas de Prudencia, aproveché un momento en que estaba al fondo del jardín, corrí al cajón e intenté abrirlo, pero fue en vano. Estaba cerrado con llave.

Entonces miré en los que estaban las joyas y los diamantes. Se abrieron sin resistencia, pero los joyeros habían desaparecido, con lo que contenían por supuesto. Un temor punzante me oprimió el corazón. Iba a exigir a Margarita la verdad sobre aquellas desapariciones, pero ciertamente ella no me lo confesaría. Así que, con la excusa de escribir a mi padre, fui a París y busqué a Prudencia.

Prudencia me confesó que Margarita estaba ahogada en deudas. Los diamantes, los caballos y la cachemira estaban empeñados para pagar sus deudas. Ella me aconsejó que la trajera de nuevo a París para que aceptara al conde de N... algo que yo nunca aceptaría. Le dije a Prudencia que yo le daría todo el dinero necesario.

Capítulo 19

En las tres primeras cartas mi padre se preocupaba por mi silencio y me preguntaba la causa; en la última me daba a entender que le habían informado de mi cambio de vida y me anunciaba su próxima llegada.

En un instante decidí mi vida. Hice un balance de mi fortuna, y dejé en manos de Margarita la renta que procedía de mi fallecida madre. A mí me quedaban cinco mil francos que me pasaba mi padre. Obviamente no dije a Margarita lo que había resuelto, convencido como estaba de que rechazaría aquella donación.

Un día que fui a París hablé con mi notario para hacer este traspaso de dinero. El buen hombre me creyó arruinado y me preguntó por la causa de aquella decisión. Y, como más pronto o más tarde tendría que decirle en favor de quién hacía aquella donación, preferí contarle en seguida la verdad. No me hizo ninguna de las objeciones que su posición de notario y de amigo le autorizaba a hacerme, y me aseguró que se encargaría de arreglarla todo del mejor modo posible. Naturalmente le recomendé la mayor discreción respecto a mi padre.

Ocho días después en Bougival, había recibido una carta de mi padre en donde me pedía ir a verlo a Provenza. Me despedí de Margarita y partí hacia allá.

Capítulo 20

En la charla con mi padre él me confesó su decepción ante mi relación amorosa con una entretenida. Sus palabras fueron: “Que tenga usted una amante, está muy bien; que la pague como un hombre galante debe pagar el amor de una entretenida, no puede estar mejor. Pero que olvide por ella las cosas más sagradas, que permita que el ruido de su vida escandalosa llegue hasta el fondo de mi provincia y arroje la sombra de una mancha sobre el honorable apellido que le he dado, eso sí que no puede ser y no será”. Yo no quería faltarle al respeto a mi padre así que no respondí nada. Él continuó: “Reconozca que su padre siempre lo ha querido y que sólo quiere su felicidad. ¿Es honroso para usted ir a vivir maritalmente con una chica que ha sido de todo el mundo?” Encolerizado le respondí: “¡Y eso qué importa, padre, si ya no será de nadie”

más! ¡Qué importa, si esa chica me ama, si se regenera por el amor que siente por mí y por el amor que yo siento por ella!"

Mi padre sabía lo de la donación que le había hecho a Margarita. Entonces me apresuré para explicarle que lo había hecho porque "esa mujer que usted calumnia y que quiere que abandone, ha sacrificado todo lo que posee para vivir conmigo. Además, ella no sabe nada de la donación".

Encolerizado, mi padre salió y cerró la puerta violentamente detrás de él.

Capítulo 21

Al regresar a Bougival, abracé a Margarita con fuerza, le conté la escena que había transcurrido con mi padre, le confesé que él se había irritado ante la muestra de mi amor verdadero. Ante esto Margarita se preocupó por nuestro futuro, pero yo la tranquilice diciéndole que ya pasaría la tormenta.

Margarita me aconsejo: "Deja pasar este día y mañana vuelve a París. Tu padre habrá reflexionado por su lado como tú por el tuyo, y quizá se entiendan mejor. No vayas en contra de sus principios, simula hacer algunas concesiones a sus deseos, aparenta que no tienes tanto interés por mí, y él dejará las cosas como están. Ten Esperanza".

Al día siguiente fui a París para buscar a mi padre, pero no pude encontrarlo en ningún lado.

Al regresar encontré a Margarita pensativa, ella me insistió en que volviera al día siguiente a buscar a mi padre, yo no le veía sentido a eso, pero ella insistió diciendo: "La insistencia por tu parte le parecerá más viva, y con ello obtendremos antes el perdón". No pude decirle que no a mi amada.

Mi padre me había dejado una carta que decía: “Si vuelve a verme hoy, espéreme hasta las cuatro; si a las cuatro no he regresado, vuelva mañana para cenar conmigo: tengo que hablar con usted”.

Esperé hasta la hora acordada, pero él no apareció.

Al regresar, le comenté a Margarita todo lo que había pasado y le enseñé la carta. A la vista de esto ella comenzó a llorar hasta tal punto que llamé a Nanina y, temiendo un ataque de nervios, acostamos a la pobre chica, que seguía llorando sin decir una palabra, aunque me cogía las manos y las besaba a cada instante.

“Tú estás enferma, no puedo dejarte así. Voy a escribir a mi padre que no me espere”. Ella me respondió que mejor fuera para que mi padre no la culpara de impedirme verlo.

Cuando llegué a ver a mi padre, este me dijo que había reflexionado, se disculpó por haber exagerado. Ante la buena noticia me puse feliz y quise regresar con Margarita cuanto antes, pero mi padre insistía mucho en que me quedara. Finalmente le dije que Margarita estaba enferma y le prometí volver al día siguiente.

Capítulo 22

Llegué a Bougival a las once.

Busqué a Margarita por todos lados, pero no puede hallarla, Nanina me dijo que ella se había ido a París. Se me ocurrió que tal vez estaba preocupada de que la visita a mi padre fuera mentira y hubiera ido a buscarme. Mientras esperaba su posible regreso, mi mente pensaba en miles de explicaciones para marcharse tan repentinamente.

A las dos decidí que ya no podía esperar más y que iría a París a buscarla. Como ya no había transporte a esa hora fui caminando, además, en medio de la lluvia característica de otoño.

Cuando llegué a la calle de Antín ya eran las cinco de la mañana. El portero me dijo que vio subir a Margarita y a la señora Duvernoy a un cupé particular; yo no entendía nada. ¿Qué significaba todo esto? En medio de mi desesperación el portero me dijo que habían dejado una carta para mí:

“Armando, cuando lea esta carta, ya seré la amante de otro hombre. Así que todo ha terminado entre nosotros. Vuelva con su padre, vaya a ver a su hermana, y a su lado olvidará muy pronto todo lo que le haya hecho sufrir esa pérdida que llaman Margarita Gautier, a quien quiso usted amar por un instante y que le debe a usted los únicos momentos felices de una vida que ella espera que ya no será larga”. Cuando hube leído la última palabra, creí que iba a volverme loco.

Decidí compartir mi dolor con mi padre que aún se encontraba en la ciudad. Cuando le mostré la carta de Margarita, no pude dejar de llorar.

Capítulo 23

Volví a casa con mi padre. Un mes después no dejaba de pensar en Margarita, me había importado demasiado para dejar de amarla de una manera tan súbita, se imponía que la amase o que la odiara y tenía que volver a verla.

Regresé a París, me arreglé como lo hacía en los buenos días y me dirigí a los Campos Elíseos para esperar a Margarita. Solo pasó media hora cuando desde la plaza de la Concordia vi acercarse al cupé de Margarita. Me alegró saber que había recuperado sus caballos y la vi en compañía de una mujer a quien no había visto antes. Al pasar por su lado, le dediqué un frío saludo y conozco bien

a Margarita para saber que nuestro encuentro la perturbó demasiado, pero esto no era suficiente, ella me había humillado y debía pagar por ello.

Lo primero que hice fue presentarme en la casa de Prudencia, fingí estar de buen humor y le dije que no sentía rencor alguno por Margarita, y que la había visto en compañía de una mujer hermosa. Prudencia se sorprendió de mi declaración y le aseguré que quería cortejar a esta mujer. Además, me confesó que esta mujer se llamaba Olimpia. Cuando interrogué a Prudencia sobre la vida actual de Margarita, ella me habló que vivía a expensas del conde de N...

Para llevar mi plan a cabo acudí a un baile en el que se encontraban Margarita y Olimpia. Allí vi a Margarita bailando con el conde de N... y el parecía muy orgulloso de presumirla. Fue entonces cuando saludé a la dueña de la casa; yo sabía que teniendo el suficiente oro podría conquistarla.

Capítulo 24

Le pedí a Olimpia que me dejara quedar en su casa a cambio de trescientos lises. Ella, sorprendida, me preguntó por qué quería quedarme. "Porque la amo", ella me respondió. "No, lo que pasa es que está usted enamorado de Marguerite y quiere vengarse de ella convirtiéndose en mi amante. A una mujer como yo no se la puede engañar, amigo mío. Por desgracia, soy aún demasiado joven y hermosa para aceptar el papel que me propone". Por supuesto, su negativa solo me hizo insistir más, así que ella acabó por aceptar, y a mediodía salí de su casa convertido en su amante, pero abandoné su lecho sin llevarme el recuerdo de las caricias y de las palabras de amor que ella se creyó obligada a prodigarme a cambio de los seis mil francos que le dejaba.

Desde aquel día hice sufrir a Margarita una persecución constante. Olimpia y ella dejaron de verse. Regalé a mi nueva amante un coche y joyas, en fin, hice

todas las locuras propias de un hombre enamorado de una mujer como Olimpia. El rumor de mi nueva pasión se extendió inmediatamente.

Unos días después Prudencia vino a mi casa a decirme que dejaría de hacer sufrir a Margarita. Ella tenía un tono muy serio cuando dijo: "Si la vieras usted, le daría vergüenza su forma de comportarse con ella. Está pálida, tose, y ya no llegará muy lejos, ¿Por qué no va a verla?" "Nunca. Si ella decide venir, la recibiré de buena gana". "Entonces le diré que venga".

Cuando llegó venía vestida de negro. me vio y empezó a llorar desconsoladamente. Me dijo: "Nuestros dos destinos se han separado: no intentemos unirlos de nuevo. Quizá me despreciaría usted, mientras que ahora sólo puede odiarme". "No, Margarita. No, lo olvidaré todo y seremos tan felices como nos habíamos prometido serlo".

Margarita sacudió la cabeza en señal de duda y dijo: "Haga conmigo lo que quiera; tómeme, soy suya". Quitándose el abrigo y el sombrero, los arrojó sobre el canapé y empezó a desabrocharse bruscamente el corpiño de su vestido.

La tomé entre mis brazos, la desnudé sin que hiciera un movimiento y me senté a su lado e intenté hacerla entrar en calor con mis caricias. No me decía una palabra, pero me sonreía.

A la mañana siguiente ella regresó a su casa en la calle de Antín; me di cuenta de que no podía vivir sin ella y fui a verla.

Cuando llegué Nanina me abrió la puerta y me dijo que Margarita estaba con el conde de N... Me sentí engañado y furioso, así que le escribí una carta que decía: "Se ha ido usted tan de prisa esta mañana, que olvidé pagarle. Ahí tiene el precio de su noche" y tomé un billete de quinientos francos.

Margarita no respondió a mi carta.

Arrepentido por lo que había escrito fui a buscarla, pero el portero me dijo que había partido hacia Inglaterra.

Nada me retenía ya en París, ni odio ni amor. Estaba agotado por todas aquellas conmociones. Un amigo mío iba a hacer un viaje a Oriente. Fue en Alejandría, por medio de un agregado de la embajada a quien había visto alguna vez en casa de Margarita, donde me enteré de la enfermedad de la pobre chica. Le escribí entonces la carta cuya contestación conoce usted, y que recibí en Toulon. Salí en seguida, y el resto ya lo sabe usted.

Capítulo 25

Armando, cansado por este extenso relato interrumpido menudo por sus lágrimas, se llevó las dos manos a la frente y cerró los ojos, ya fuera para pensar o ya para intentar dormir, después de darme las páginas escritas de puño y letra de Margarita.

Recordará usted, Armando, cómo la llegada de su padre nos sorprendió en Bougival. Al día siguiente, mientras estaba usted en París esperando a su padre, que no volvía, se presentó un hombre en mi casa y me entregó una carta del señor Duval. Aquella carta, que adjunto a ésta, me rogaba en los términos más solemnes que lo alejara a usted al día siguiente con cualquier pretexto y que recibiera a su padre, tenía que hablar conmigo y me recomendaba sobre todo que no le dijera a usted nada de su petición. Ya sabe con qué insistencia le aconsejé a su vuelta que fuera otra vez a París al día siguiente.

A la llegada del señor Duval estaba siendo grosero conmigo, hasta me amenazó. Tuve que recordarle que estaba en mi casa y que no le debía cuentas de mi vida. Al final se calmó y me explicó que sufría porque su honor se veía

arruinado por mi culpa. Me dijo: “Tengo una hija, joven, guapa, pura como un ángel. También ella ama y quiere hacer de ese amor el sueño de su vida. Pero la familia de mi yerno no aprueba el matrimonio debido a la forma en cómo vive Armando. En sus manos está el futuro de una niña que no la ha hecho nada y que tiene derecho a contar con el futuro”.

Yo lloraba silenciosamente, amigo mío, ante todas aquellas reflexiones que yo me había hecho con tanta frecuencia y que, en boca de su padre, adquirían una realidad más seria aún. Pues bien, señor, béseme una vez como besaría a su hija, y le juro que ese beso, el único realmente casto que habré recibido, me hará fuerte contra mi amor, y que antes de ocho días su hijo volverá con usted, quizás desgraciado por algún tiempo, pero curado para siempre. “Es usted una noble muchacha”, replicó su padre, besándome en la frente.

Capítulo 26

Lo que siguió a aquella noche fatal lo sabe usted tan bien como yo, pero lo que no sabe, lo que no puede sospechar es lo que he sufrido desde nuestra separación. Me enteré de que su padre se lo había llevado consigo, pero me figuraba que no podría vivir mucho tiempo lejos de mí, y, el día en que me encontré con usted en los Campos Elíseos, me emocioné, pero no me sorprendí.

5 de febrero

¡Oh, Armando, venga, venga, sufro horriblemente! ¡Dios mío, voy a morir! Ayer estaba tan triste, que quise pasar fuera de mi casa la noche, que prometía ser tan larga como la del día anterior. El duque vino por la mañana. Me parece que la vista de ese anciano olvidado por la muerte me hace morir más de prisa.

19 de febrero

Ha venido el médico y al ver mi estado de salud me ha recomendado que busque a un cura. Al salir el cura de mi habitación, unos instantes después ha vuelto acompañado de un monaguillo que llevaba un crucifijo, y de un sacristán que iba delante tocando la campanilla para anunciar que Dios venía a casa de la moribunda.

20 de febrero

Todo ha terminado. Margarita ha entrado en agonía esta noche alrededor de las dos. Nunca un mártir ha sufrido semejantes tormentos, a juzgar por los gritos que daba. Dos o tres veces se ha incorporado del todo sobre su lecho, como quisiera agarrar la vida que se remontaba hacia Dios. Dos o tres veces también ha pronunciado el nombre de usted, luego se ha callado y ha vuelto a caer agotada en la cama. Lágrimas silenciosas brotaban de sus ojos, y ha muerto. Me he acercado entonces a ella, la he llamado y, como no respondía, le he cerrado los ojos y la he besado en la frente.

Capítulo 27

“¿Lo ha leído?”, me dijo Armando cuando terminé la lectura del manuscrito. “Comprendo lo que ha debido de sufrir usted, amigo mío, si todo lo que he leído es cierto”. “Mi padre me lo ha confirmado en una carta”.

Armando, siempre triste, pero un poco aliviado por el relato de esta historia, se restableció rápidamente y fuimos juntos a visitar a Prudencia y a Julia Duprat. Prudencia acababa de quebrar. Nos dijo que era Marguerite la causante que, durante su enfermedad, le había prestado mucho dinero, por el que había firmado pagarés que luego no pudo pagar. Marguerite se murió sin devolvérselo y sin haberle dado recibos con los que hubiera podido presentarse como acreedora.

Le quedaba a Armando por cumplir el último deber: ir a reunirse con su padre. Quiso también que lo acompañase.

Llegamos a C..., donde vi que el señor Duval era tal como me lo había imaginado por el retrato que de él me hizo su hijo, alto, digno, afable. Acogió a Armando con lágrimas de felicidad y me estrechó afectuosamente la mano. Pronto me di cuenta de que el sentimiento paternal dominaba en el recaudador sobre todos lo demás. Su hija, llamada Blanche, tenía esa transparencia de los ojos, la mirada, esa serenidad de la boca que demuestran que el alma sólo concibe santos pensamientos y los labios sólo dicen palabras piadosas. La casta joven sonreía ante el regreso de su hermano sin saber que lejos de ella una cortesana había sacrificado su felicidad ante la sola invocación de su nombre.

fin